

Carlos LLANO, *Etiología de la idea de la nada*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, 348 pp.

El origen de la idea del no-ser absoluto no ha sido, a juicio del autor, suficientemente tratado en la filosofía de Aristóteles y en la de su más importante comentar, Tomás de Aquino. Especialmente, se ha omitido el estudio del origen inicial de la idea del no-ser, que es clave para formular el principio de contradicción, punto de partida de todo nuestro conocimiento intelectual.

Siendo la idea de la nada o del no ser una idea negativa, debe ser precedida de acuerdo con los cánones filosóficos aristotélico-tomistas, por la noción positiva del ser. La primera noción del ser, previa por tanto a la de la nada, se estudia no como el producto de un proceso de pensamiento tal, que primero se elabore la idea del ser sobre una realidad sensible determinada y se aplique después esa idea a la realidad sensible que le dio su origen. Se afirma, en cambio, que la primera noción del ser consiste simplemente en que el entendimiento, en su primer despertar cognoscitivo, ve la rea-

lidad sensible como ser. Y ahí se encuentra precisamente el origen de la idea (Capítulo I).

Como el contenido de la idea del ser queda trunco o vacío sin el de la existencia, y no siendo la existencia objeto de la simple aprehensión, o conceptualización, la idea del ser se obtiene mediante un juicio afirmativo de aquella realidad como ser. Dicho de otro modo, concebir el ser y afirmar que algo es, podrían considerarse acciones intelectuales simultáneas.

Se analiza la naturaleza específica de ese primer juicio de existencia de acuerdo con los distintos pareceres de los más egregios escolásticos. El estudio de este juicio tiene mucha importancia en la etiología de la idea del no-ser. Especialmente, se ha tenido en cuenta —porque tendrá consecuencias posteriores—, que la primera afirmación del ser no es coincidente con la mera afirmación de la presencia, ante el entendimiento, del objeto o realidad de la que afirmamos que es.

En este ente primero conocido se encuentran ya entrañadas todas las posibilidades del conocimiento metafísico posterior,

puesto que se trata de una idea análoga del ser que se enriquecerá después con nuevos conocimientos (Capítulo II).

Antes de entrar en el objeto del estudio, el autor se encara con una postura filosófica importante según la cual la nada no es una idea sino una *pseudo-idea*. Se analiza la postura de Henri Bergson, así como las vías ontológicas y psicológicas posibles que explicarían el surgimiento en nuestra mente de una idea falsa, como sería aquella de la nada. La nada es pensable, como de hecho la pensamos, y que el concepto de la nada o no-ser tiene sentido en la vida intelectual humana (Capítulo III).

¿Cuál es el estatuto noético de la idea de la nada? Es éste otro análisis previo que se requiere antes de proceder a la investigación de su origen.

En el capítulo IV, se afirma que la nada es un ente de razón distinto tanto de la limitación del ser como de las privaciones entrañadas en el ser mismo. La privación no existe en las cosas, y la nada no es una limitación. Esto nos lleva a las consideraciones necesarias para afirmar que el no-ser (igual que el ser)

es susceptible de graduaciones. La idea de la nada es la idea del no-ser absoluto.

Pese al carácter absoluto de la idea de la nada y a su estatuto noético radical como ente de razón, se da en la historia de la filosofía una tendencia —natural— dado el carácter del entendimiento humano, en virtud de la cual surge de continuo la proclividad de otorgar a la nada un cierto ser. Un cierto ser además que llegaría a tener importancia existencial decisiva en la vida del hombre. A este asunto dedica Llano el capítulo V, el cual se denomina: *Reificación de la nada*, analizando esa inclinación no sólo en autores modernos en la que es evidente (Heidegger, Sartre, Camus y Machado), sino también filósofos de más antiguo raigambre (Aristóteles, Tomás de Aquino y Platón).

Para subrayar más el carácter absolutamente negativo de la idea de la nada, se estudian con cuidado los estudios de quien, a juicio del autor, ha hecho del concepto del no-ser el análisis más completo de cuantos se han hallado en la historia de la filosofía. Según Carlos Llano, debemos a José Gaos una fenomenología radical y extensa sobre

la *indenotabilidad del no*, que constituye el capítulo VI del trabajo y que emboca ya el camino de la etiología de la idea del no-ser absoluto.

La idea del no ser —según se dice en el capítulo VII— proporcionando los fundamentos necesarios, tiene su origen en la negación por parte de la inteligencia, y no en la realidad de las cosas, lo cual sería paradójico. *La negación intelectual es la causa del no-ser*. Esta negación reviste dos caracteres que no siempre han sido suficientemente delimitados: el no-ser y ser no.

El primero se encuentra más en la vertiente de la idea; el segundo, en la del juicio. La idea del no-ser no implica carácter existencial ninguno, carácter que queda implicado en cambio en el ser-no, lo cual tiene consecuencias metafísicas importantes, como se analiza en el capítulo XIV.

Afirmado que el origen del no-ser deriva de la negación del entendimiento, se pregunta inmediatamente el autor por qué causa el entendimiento niega el ser anteriormente afirmado. Esta averiguación se hace en el capí-

tulo VII. Aunque en principio, dados los comentarios a Aristóteles, parecería que la privación —el carecer de algo debido— pudiera ser la causa de la negación, Llano sale al paso de esta precipitada hipótesis ya que considera que la privación no es la única causa posible de la negación intelectual del ser.

En ese mismo capítulo VII, distingue el autor algo que se encuentra confundido en la literatura escolástica: la limitación del ser (o, mejor, el ser limitado) no es lo mismo que la negación del ser. La limitación tiene un acento claramente ontológico (se refiere al ser limitado), mientras que en la negación el acento es claramente noético (se refiere a un acto intelectual), cuyas razones ontológicas habrán de averiguarse y no darse por supuestas. Seguidamente, en el capítulo VIII se habla de las causas generales y posibles de la idea del no-ser. Se afirma ahí que así como la idea del ser proviene de una afirmación sobre la realidad (capítulo II), la idea del no ser deriva de un juicio negativo que se hace con base en algo de la realidad que no es realidad completa.

Debemos precavernos en el

momento actual, afirma Llano, sobre todo de lo que podrían denominarse causas existenciales en las que el individuo se capta como realidad incompleta: el aburrimiento, la soledad, el fracaso, la idea de la muerte, la angustia, la sensación de exilio, la frustración, son indudablemente estados de ánimo emparentados con ese acto de negación del ser cuyo origen se está averiguando.

Pero, por encima de estas intuiciones, que podríamos denominar *románticas* del origen de la idea del no ser, el autor intenta encontrar este origen en las potencias propiamente humanas: el entendimiento y la voluntad.

En el capítulo IX se analiza, creemos que con suficiente cuidado, una idea especialmente generalizada en el tomismo, según la cual la negación del ser es un paso necesario endógeno del mismo proceso del entendimiento. El que tanto Manser como Maritain se hayan adherido de una forma u otra a esta solución etiológica de la idea de la nada, ha sido -para Llano- motivo especial para dedicarle ese capítulo completo. Lo mismo sucede con otras explicaciones, al pare-

cer bien fundamentadas, según las cuales la voluntad es causa ideatoria de la nada (Capítulo X).

Concurren aquí de manera sospechosamente coincidente tanto reconocidos filósofos tomistas (Roland Gosselin, por ejemplo), como filósofos modernos según es el caso del propio José Gaos. Sin embargo, la voluntad no puede obligar -en el sentido imperativo del término- al entendimiento que niegue el ser afirmado sin tener un motivo para hacerlo.

Es aquí entonces donde nos encontramos con el paso último de esta indagación: ¿qué hay en la realidad que incita, sea al entendimiento sea al acto voluntario, sea a ambos, a negar mediante la idea del no-ser la idea del ser que fue el punto de partida tanto de la inteligencia como de la voluntad?

Se analizan a continuación distintos aspectos de la realidad que podrían dar pie, causa o motivación para que el entendimiento humano por sí mismo o empujado por la voluntad conciba la idea del no-ser, es decir, la idea contraria a lo que es su objeto propio.

Aparece en primer lugar (capítulo XI), la contingencia o finitud de la realidad que constituye el horizonte noético humano. El que lo real aparezca como finito (en el tiempo) o limitado (en el espacio o en su perfección), exige que el entendimiento haya concebido previamente al ser de modo omnimodo y sin limitaciones. Ya se dijo que ello había sido realizado por el entendimiento en su primer juicio de existencia (capítulo II), en donde frente a una realidad ciertamente limitada ("algo") afirma rotundamente su realidad o que algo es.

No significa esto que el entendimiento haya conocido el ser infinito (pues el "algo" conocido no lo es), sino que ha adquirido una idea del ser en plenitud que compara ahora con cada uno de los seres finitos que se le presentan en el precario radio de su cognoscibilidad.

Se trataría de una "privación" de carácter trascendental: no que a un ser le falte algo debido, sino que a todo ser que conozco le falta la plenitud que al ser le correspondiera. Esta finitud tiene sin duda un carácter ontológico (la realidad que capto es limitada), pero también antropológico

(yo soy limitado). Tal finitud antropológica personal ha sido el pie de las filosofías existencialistas para encontrar el lugar de donde brota la idea de la nada. La contingencia o finitud, sea ontológica sea antropológica, podría constituir, ciertamente, el motivo buscado para que el entendimiento conciba la idea del no-ser. Pero este hallazgo no es aún definitivo.

En efecto, existen otros aspectos de la realidad que pueden prestarse también para considerarse como la fuente de la negación del ser. Tal es el caso de la ausencia, que se analiza en el capítulo XII. La ausencia se encuentra íntimamente relacionada con la idea del no-ser de manera especial en la filosofía contemporánea. El caso de Heidegger, Sartre y Gaos, es emblemático. La razón de ello tiene una raíz fenomenológica que tiende a confundir el ser con la presencia. Si esto fuera así, la ausencia sería precisamente no-ser.

La ausencia presenta una faz muy cercana a la nada más que la que ofreciera la privación o la contingencia. Tanto en la una como en la otra, se requiere de un ser que carezca de algo: sea

algo debido a su propia naturaleza, como es el caso de la ceguera referida al hombre, sea algo que le falta para llegar a ser en plenitud como es el caso del ser contingente. En la ausencia, por el contrario, lo que falta precisamente es el ser ausente, y por ello su proximidad a la nada absoluta es claramente mayor.

Aparece finalmente un tercer aspecto de lo real en donde el entendimiento podría apoyarse o verse exigido para concebir la idea de la nada: la otredad. El que una cosa no sea la otra es razón suficiente para emitir el juicio "no es", que daría lugar a la idea de la nada, justo como el "es" del primer juicio de existencia (capítulo I) dio pie a la concepción de la idea del ser. La otredad en cuanto posible causa o motivo de la idea de la nada, es analizada en el capítulo XIII.

La otredad aparece por primera vez en la historia de la filosofía como el estímulo primigenio en el origen de la nada, gracias a Platón, y precisamente en su diálogo *El Sofista*. Este diálogo ha sido subtítulo como "o del ser", si bien en realidad el citado diálogo platónico habla más del no-ser generado por la pluralidad que del ser mismo.

Nos encontramos, pues, frente a varias posibilidades etiológicas de la idea de la nada: la privación, (capítulo VII), la contingencia (capítulo XI), la ausencia (capítulo XII) y la otredad (capítulo XIII). En primera instancia, parece que la otredad guarda un lugar noético mucho más alejado de la nada que la propia ausencia. En la ausencia falta el ser, en la otredad en cambio, se dan indefectiblemente dos seres, de los cuales uno no es el otro.

Pero la necesidad que aparece en el origen de la idea del no-ser es apremiante. En efecto, si el entendimiento carece de esta idea no puede desarrollarse ningún procedimiento intelectual. La prosecución de la inteligencia se hace imposible. Al carecer del principio de contradicción, no parece posible hacer con seguridad ninguna afirmación.

Ello nos obliga a distinguir entre el origen primario de la idea de la nada (aquel que aparece más próximo a ella o más exigido para el entendimiento respecto de su formulación), y el origen primero, es decir, aquella causa, ocasión o motivo que le hace al entendimiento en primer lugar y de una manera necesaria, la concepción del no-ser.

La primariedad que se encuentra en el fenómeno de la ausencia, cede lugar ahora a una precedencia de carácter temporal que hallamos en la otredad. En la última parte del capítulo XIII, se afirma que el primer juicio de existencia (*aliquid est*), a fuer de juicio, implica la inclusión del sujeto que lo afirma; no ya el sujeto gramatical del juicio, sino el sujeto psicológico o cognoscitivo de quien lo lleva a cabo.

En la formulación de este juicio, como en todo juicio, se da la verdad, y ésta sólo es posible si establecemos una relación de conformidad entre lo que piensa el sujeto afirmante con respecto al objeto afirmado. De ahí que el juicio que enunciamos primitivamente como *aliquid est*, tiene una formulación completa de la siguiente manera: *ego affirmo aliquid esse*, en donde se da la primera e indefectible otredad. Yo, que afirmo, *no soy* el objeto afirmado, de modo y manera que la primera afirmación del ser conlleva simultáneamente su primera negación, dado que al afirmar que el ser es, me siento impelido a decir que el sujeto factor de esta afirmación no es el objeto cuya existencia se afirma. En este juicio implícito (el sujeto no es el objeto), se halla por

fin el origen de la idea de la nada. Así como en el es de algo obtuvimos la idea del ser, en el *no es* de una cosa respecto de otra, encontramos el origen de la idea del no-ser.

Ambas ideas tienen, análogamente y en sentido contrario, su origen en un juicio afirmativo y en un juicio negativo, de la mayor importancia para nuestro procedimiento intelectual. La diferencia u otredad entre el sujeto y el objeto del conocimiento es así no sólo una afirmación de la realidad del ser sino también el pie intelectual para la concepción del no-ser. Si en la otredad o pluralidad encontramos el primer origen del ser, parece que tendremos que darle razón al *Sofista* platónico.

Lo anterior no sería posible si no se diera el fenómeno denominado en el capítulo XIV, el último de la obra: *reflexividad del juicio*. Todo juicio es reflexivo por cuanto que no sólo afirmo algo sino que soy consciente de esa afirmación, y en tal conciencia reside el lugar de la verdad. Esta conciencia reflexiva del juicio es precisamente la que da pie a la otredad entre el sujeto cognoscente y el objeto conocido.

Además, se da de una manera necesaria si es que ha de tener lugar un verdadero juicio, así como un juicio verdadero. La otredad aparece pues, como el origen temporalmente primero de la idea del no-ser, si bien debe concederse que en la ausencia encontramos un origen primario, por más radical.

Por otro lado, y este es el fin del capítulo XIV así como de toda la obra, la reflexividad del juicio hace posible que el primer juicio emitido por la inteligencia sea, al mismo tiempo, la constatación del principio de no-contradicción. Al afirmar que hay algo que es, no solamente soy consciente del yo que lo afirma sino también de la falsedad de negarlo, porque —y este es el principio— *no es posible afirmar y negar al mismo tiempo*.

Sin embargo, el autor podría haber aprovechado el estudio para hacer ver de manera más expresa lo que el concepto de la nada implica para el estudio filosófico en general, y la metafísica en particular, pero fiel a su tratamiento inicial ha preferido limitarse a averiguar cuál es el motivo, la ocasión o incluso la causa de que el hombre conciba

inexplicablemente este concepto que en la obra ha llegado a calificarse de “siniestro”.

Por otro lado, esta constrictión del estudio de la nada, profundizando en su origen, lleva consigo también la indudable ventaja de limitar un concepto que parece no tener límites.

Miguel A. García Jaramillo  
Oscar Jiménez Torres  
Universidad Panamericana

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.